**CON ABRAHAM AVANZAMOS A TRAVÉS DE LAS PRUEBAS**

Génesis 22:1-2

INTRODUCCIÓN:

 Esta semana se recuerda en todo el mundo cristiano la crucifixión, muerte y resurrección de Jesucristo por medio de reuniones especiales, campañas evangelísticas, cantatas, representaciones, procesiones, cantos y oraciones. Se puede decir que la resurrección de Cristo representa el fundamento de nuestra fe, porque “si Cristo no resucitó” – diría el apóstol Pablo – vana es nuestra predicación, vana es nuestra fe”

 La muerte y la resurrección de Jesucristo fue anticipada, profetizada y documentada varios siglos antes de su cumplimiento por medio de la Ley, los Escritos y los Profetas. El profeta Isaías escribió unos 700 años antes de Cristo: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5) Y también su muerte cruenta fue documentada en los Escritos: En Salmos 22:8 se describe lo que dirían de Jesús cuando estuvo clavado en la cruz. “Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza diciendo: Se encomendó a Jehová; líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía” Estas fueron las palabras exactas de sus enemigos cuando le crucificaron. Además, en el primer libro de la Ley, que es el Génesis, se compara el sacrificio de Isaac con el sacrificio de Jesucristo, tal como lo afirma el texto de Hebreos 11:17-19 “Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac, y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de los muertos, de donde, **en sentido figurado** le volvió a recibir”. En otras palabras, la historia de Abraham con su hijo Isaac es un parangón, es decir, una semejanza, con la historia del sacrificio de Jesucristo en la cruz y su resurrección.

 La orden de Dios de sacrificar a su hijo Isaac fue siempre considerada una prueba, porque el mismo texto de la Biblia lo dice “Aconteció después de estas cosas, que **probó Dios a Abraham**” y en la epístola a los Hebreos dice “Por la fe Abraham, cuando **fue probado**, ofreció a Isaac”

 ¿Qué es una prueba? Es un medio para mostrar la verdad o la falsedad de algo; es también un indicio, una señal, una evidencia o una muestra de algo. Es también un examen para saber el conocimiento o las aptitudes de alguien. Por ejemplo, posiblemente algunos recuerdan su tiempo de estudiantes cuando el profesor, cuando entraba al aula, imprevistamente decía “saquen una hoja, les voy a tomar una prueba”. La prueba era para saber si habíamos leído o estudiado un tema fuera de clase. La prueba nos calificaba o descalificaba.

 También existen pruebas de resistencia bajo presión para ver si se rinde o no; o pruebas de aptitud para saber si tiene la capacidad o los conocimientos para llevar a cabo una tarea. Por ejemplo, Pablo nos dice que los diáconos o los que sirven en la iglesia, antes de ejercer su cargo, deben ser probados. “Y éstos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprensibles” (1 Timoteo 3:10) Pero, por otro lado, el apóstol Pedro comparó a los momentos dolorosos, difíciles, problemáticos y angustiantes con el fuego porque el fuego quema, consume y destruye, llamando a ese momento “fuego de prueba”, cuando escribió: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese” (1 Pedro 4:12)

 Como vemos, para seguir avanzando en nuestra vida cristiana tenemos que pasar por las pruebas. Y es probable que tengamos que avanzar enfrentando las tres pruebas de Abraham

**I PRUEBA DE OBEDIENCIA**

Génesis 22:1-2 “Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moríah, y ofrécelo allí en holocausto, sobre uno de los montes que yo te diré.”

Al escuchar lo que Dios le dijo, Abraham podría haber pensado: “Lo que me pide Dios no lo puedo hacer. ¿Cómo me pide que sacrifique a mi hijo que amo tanto? Y Dios sabe que lo amo porque me dijo “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas…y ofrécelo en holocausto”. Si no lo amara no me sería tan difícil, pero yo amo a mi hijo y no sería capaz de hacerle daño. Podría también haberse preguntado “¿Por qué Dios me ha dado este hijo para quitármelo? Esperé tanto tiempo para ver el cumplimiento de su promesa y ahora me la quita. Mejor no me hubiera dado nada.”

Abraham podría haber dicho esto y podría haber pensado mal de Dios, del mismo modo que pensó el pueblo de Israel mal de Dios, quien dijo por medio del profeta Oseas “Y aunque yo los enseñé y fortalecí sus brazos, contra mí pensaron mal” (Oseas 7:15) y si uno piensa mal de Dios, será muy difícil que obedezca a su palabra. El mal pensamiento siempre nos lleva a la rebeldía y a la desobediencia.

Jesucristo podría haber pensado mal de Dios su Padre cuando lo envió para que muera en la cruz. ¿Cómo un buen padre es capaz de sacrificar a su hijo? ¿Realmente me ama Dios? Pero Jesús estaba seguro que su Padre lo amaba, porque dijo “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar” (Juan 10:17) En otras palabras dijo “Estoy dispuesto a obedecerle hasta la muerte, por eso me ama el Padre” ¿Por qué? “porque yo pongo mi vida”. Y al poner su vida sabía que sufriría, porque poner la vida es padecer y morir por obedecer. Sabía también que la obediencia se aprende. La obediencia es un aprendizaje, como dice Hebreros 5:8 acerca de Cristo: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” y en la carta de Pablo a los Filipenses leemos que Cristo “estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8) Nadie hizo que Jesús sea obediente, sino que él se hizo obediente por su propia voluntad y fue “obediente hasta la muerte”. Esto sí que es obediencia, es obediencia a cualquier costo, incluso el costo de su vida.

De nosotros Dios no espera menos. La obediencia debe ser nuestro sello distintivo, nuestra característica más notable, debe ser nuestro más alto honor, nuestra corona. La obediencia es la prueba de que somos verdaderamente cristianos. Si no obedecemos no pertenecemos al reino de Dios. El árbol se conoce por sus frutos, y un cristiano genuino se lo conoce por su obediencia. El apóstol Pablo probó la obediencia de los corintios escribiéndoles una carta con indicaciones claras acerca de lo que tenían que hacer porque quería saber si eran obedientes en todo o no. En 2 Corintios 2:9 dice “Porque también para este fin os escribí, **para tener la prueba de si vosotros sois obedientes en todo**.”

¡Cuánto anhelo que todos nosotros, al ser probados en la obediencia, salgamos aprobados! Que en otras cosas secundarias saquemos un 7 u 8, pero en obediencia Dios nos ponga un 10.

**II PRUEBA DE PRONTITUD**

Génesis 22:3 “Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo.”

 Podemos ver con qué prontitud obedeció Abraham a la palabra de Dios. Podríamos decir que Dios estaba también probando la rapidez de su reacción. La palabra prontitud significa “rapidez, velocidad con que se realiza algo, celeridad, prisa, diligencia, premura”. Abraham no solamente obedeció, sino que obedeció rápido, porque “se levantó muy de mañana” y preparó todos sus enceres para su viaje: cortó leña y la cargó sobre su asno, junto con otras pertenencias, incluyendo el cuchillo para el sacrificio y el fuego, es decir un recipiente de metal con carbón encendido, que antiguamente se llevaba cuando se trasladaban. Luego tomó a dos ayudantes y a su hijo Isaac y emprendió su viaje.

 Bien podría Abraham demorar en obedecer a Dios. Hacer una que otra cosa, dejar pasar los días, o asumir otros compromisos para no hacer lo que tenía que hacer. Pero Abraham se levantó de madrugada para cumplir lo más rápido posible la orden de Dios. La actitud de Abraham nos recuerda a Jesucristo cuando estuvo orando en el monte de los Olivos sabiendo que eran sus últimas horas antes de ser apresado. Él sabía que vendrían a buscarlo y, sin embargo, en lugar de esconderse o de huir, cuando llegó la turba con palos y armas para apresarlo, no esperó que lo encuentren, sino que les salió al encuentro, y cuando preguntaron por él, respondió “Yo soy”, y fue tal la sorpresa de los captores que retrocedieron y cayeron en tierra. Les sorprendió su prontitud, de manera tal que Jesús tuvo que repetirles que era al que estaban buscando.

 Y después de su muerte, cuando hubo resucitado, el ángel del Señor que había abierto la tumba, dijo a las mujeres que habían llegado “**Id pronto** y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea, allí le veréis” (Mateo 28:7) El ángel no les dijo “Cuando puedan o cuando tengan tiempo díganle a sus discípulos que ha resucitado” No, porque Jesús ya salió hacía Galilea y los estará esperando allí.

También el apóstol Pablo incorporó la prontitud en sus planes: a los Corintios les dijo “Pero **iré pronto** a vosotros, si el Señor quiere” (1 Corintios 4:19); a los Filipenses “y confío en el Señor que yo también **iré pronto** a vosotros” (Filipenses 2:24) y a Timoteo “**Procura venir pronto** a verme” (2 Timoteo 4:9)

 Esta disposición de hacer las cosas sin demora, también es un mandamiento de Dios en cuanto a las promesas. En Deuteronomio 23:21 dice “Cuando haces voto al Señor tu Dios, no tardes en pagarlo; porque ciertamente lo demandará el Señor tu Dios de ti, y sería pecado en ti.”

 Por eso, si Dios te está llamando, no demores. Si te está llamando para salvación, no dejes pasar las horas o los días. Responde a su llamado ya. Si te está llamando al ministerio, para predicar el evangelio o para la enseñanza o para el pastorado, responde inmediatamente. Dios está probando tu prontitud.

**III PRUEBA DE LA PROVISIÓN**

 Génesis 22:7-8 “Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío.

Y él respondió: Heme aquí, mi hijo.

Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde esté el cordero para el holocausto?

Y respondió Abraham: Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.

E iban juntos.”

 Podemos imaginar la escena: Después de caminar por tres días juntos, padre e hijo rumbo a su destino, Isaac rompe el silencio y dice “Papá”. ¿Qué pasa hijo? “Veo que aquí llevamos el fuego y la leña, pero nos falta la ofrenda, nos falta el cordero para el sacrificio.” A Isaac no le cerraba el tema porque faltaba lo más importante: el plato principal, lo que le iban a ofrecer a Dios. Entonces Abraham, su padre le respondió: “Dios proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío” Abraham no podía decirle: “Eres el cordero que voy a sacrificar” pero no lo hizo porque Abraham esperaba un milagro.

 El versículo termina con la frase “E iban juntos”, unidos por el amor fraterno. Iban juntos porque Abraham amaba a su hijo Isaac, e Isaac amaba a su padre Abraham. Iban juntos con la frase como flotando en el aire “Dios proveerá”…”Dios proveerá”. Isaac no siguió preguntando de dónde Dios proveería porque la fe que tenía su padre era suficiente. Y Abraham, por su parte, solo pensaba en obedecer a Dios con la seguridad que Dios cumpliría su promesa que su hijo tendría una descendencia que no se podría contar, no otro hijo, sino Isaac, porque Isaac era el hijo de la promesa. Abraham creía que si moría Isaac, Dios haría algo para volverlo a la vida, porque creía que Dios tenía poder aun sobre los muertos según Hebreos 11 que dice que Abraham recibió la promesa: “En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de los muertos”. Abraham siguió creyendo en Dios igual que cuando esa fe le fue contada por justicia.

Al fin llegaron a la montaña que Dios les dijo y al llegar a la cumbre Abraham edificó un altar con las piedras que allí había, colocó la leña que había traído, tomó a su hijo, lo ató y lo puso sobre la leña. Mientras tanto Isaac no dijo nada, igual que Jesús, de quien Isaías escribió “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero…enmudeció y no abrió su boca” (Isaías 53:7) Isaac se rindió, no resistió y aceptó la voluntad de su padre Abraham, del mismo modo que Jesús cuando aceptó la voluntad de su Padre cuando dijo “no se haga mi voluntad sino la tuya”.

Abraham tomó el cuchillo sacrificial y cuando estaba a punto se sacrificar a su hijo, escuchó que se le decía del cielo “Abraham, Abraham…No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada, porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (22:12) Y de pronto Abraham levanto su mirada y vio detrás de él un carnero trabado en un zarzal. Lo tomó y lo sacrificó en lugar de su hijo. “Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová proveerá. Por tanto se dice hoy: En el monte de Jehová será provisto” (22:14)

Notemos la frase “Por tanto se dice hoy” indicando que cientos años después entre los israelitas era común decir “En el monte de Jehová será provisto” y llegó a ser un refrán en el pueblo cuando alguno no podía pagar una deuda, o cuando faltaba dinero o materiales para terminar una obra o comprar algo sin contar con el dinero suficiente, decían: “En el monte de Jehová será provisto” como en el caso de Abraham, para quien la provisión del cordero estaba a pocos metros de él. La solución estaba al alcance de su mano, estaba a sus espaldas pero él no la veía.

La provisión no estaba en el valle, ni en la casa de Abraham, sino en la montaña, en la montaña de Dios. Siempre está la respuesta de Dios en lo alto, donde está Dios. No es lo mismo caminar en un valle que subir a una montaña. Es más difícil y requiere esfuerzo, pero la respuesta está allí, la provisión de Dios está allí, porque “en el monte de Jehová será provisto”. Requiere esfuerzo orar, interceder, orar, suplicar, buscar en Dios lo que nos hace falta.

Y en el monte Calvario también fue provista nuestra salvación. Dios proveyó el Cordero para el sacrificio, el Cordero que es Cristo y es el que quita el pecado del mundo. Cristo murió, pero también volvió a vivir para que todos los que depositan su fe en él.

CONCLUSIÓN:

 Hemos dicho que la prueba sirve para mostrar la verdad o la falsedad de algo. Hemos visto que Abraham pasó la prueba con éxito mostrando la verdad y la autenticidad de su fe por la obediencia total y absoluta. También hemos visto que la prueba mostró la verdad. por la prontitud en hacer inmediatamente lo que Dios le pidió que haga. Y por último, hemos visto que en el monte de Dios hay provisión, porque “en el monte de Jehová será provisto”. La prueba mostró que nunca Dios nos deja con las manos vacías, porque siempre hay provisión para los que confían en él.

 ¿Cómo responderíamos nosotros ante la prueba? El rey David dijo en una de sus oraciones “Tú has probado mi corazón, me has visitado de noche; me has puesto a prueba, y nada inicuo hallaste; he resuelto que mi boca no haga transgresión” (Salmo 17:3) Y si Dios probara la sinceridad de tu corazón y si te pide algo ¿le obedecerías? ¿Crees realmente que Dios te ama y desea lo mejor para tu vida o piensas mal de Dios? ¿O acaso supones que no te ama y por eso no estás decidido a responder a su llamado?

 David dijo “he resuelto que mi boca no haga transgresión” y el apóstol Pablo acotó “Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Ésta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.” (Romanos 10:8-10